

EL PODER TRANSFORMADOR DEL SABER

Palabras pronunciadas por el Dr. Guillermo Soberón Acebedo, Secretario de Salud, en la ceremonia en que se le concede el doctorado Honoris Causa, por la Universidad de Salamanca. Paraninfo de la Universidad de Salamanca. 3 de octubre de 1986.

*Dr. Pedro Amat
Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca*

HONORABLE CLAUSTRO:

Como ha expresado el Señor Rector soy el segundo mexicano que ha tenido el señalado privilegio de recibir de la Universidad de Salamanca, el Doctorado *Honoris Causa* que hoy se me entrega. En esa medida debo expresar una doble satisfacción: por la circunstancia apuntada y por merecer una distinción que procede de este maravilloso centro de cultura y pensamiento, que por siglos ha iluminado al mundo y ha mantenido enhiesta la bandera del saber.

Vengo a esta casa que me es familiar por ser el origen de mi propia Universidad; por ser la institución con la que muchos lazos de trabajo fincamos conjuntamente el entonces Rector Julio Rodríguez Villanueva y yo; por ser una sede de ideas cuya resonancia se deja sentir en mi propia patria. Me es familiar, también, por los gratos nexos de amistad personal que me vinculan con numerosos miembros de esta comunidad, notoriamente Pedro Amat, José Ángel García Rodríguez y Julio e Isabel Villanueva. Me es familiar, asimismo, porque pertenezco a una Universidad que, como la de Salamanca, tiene análogas preocupaciones, similares quehaceres y comunes problemas.

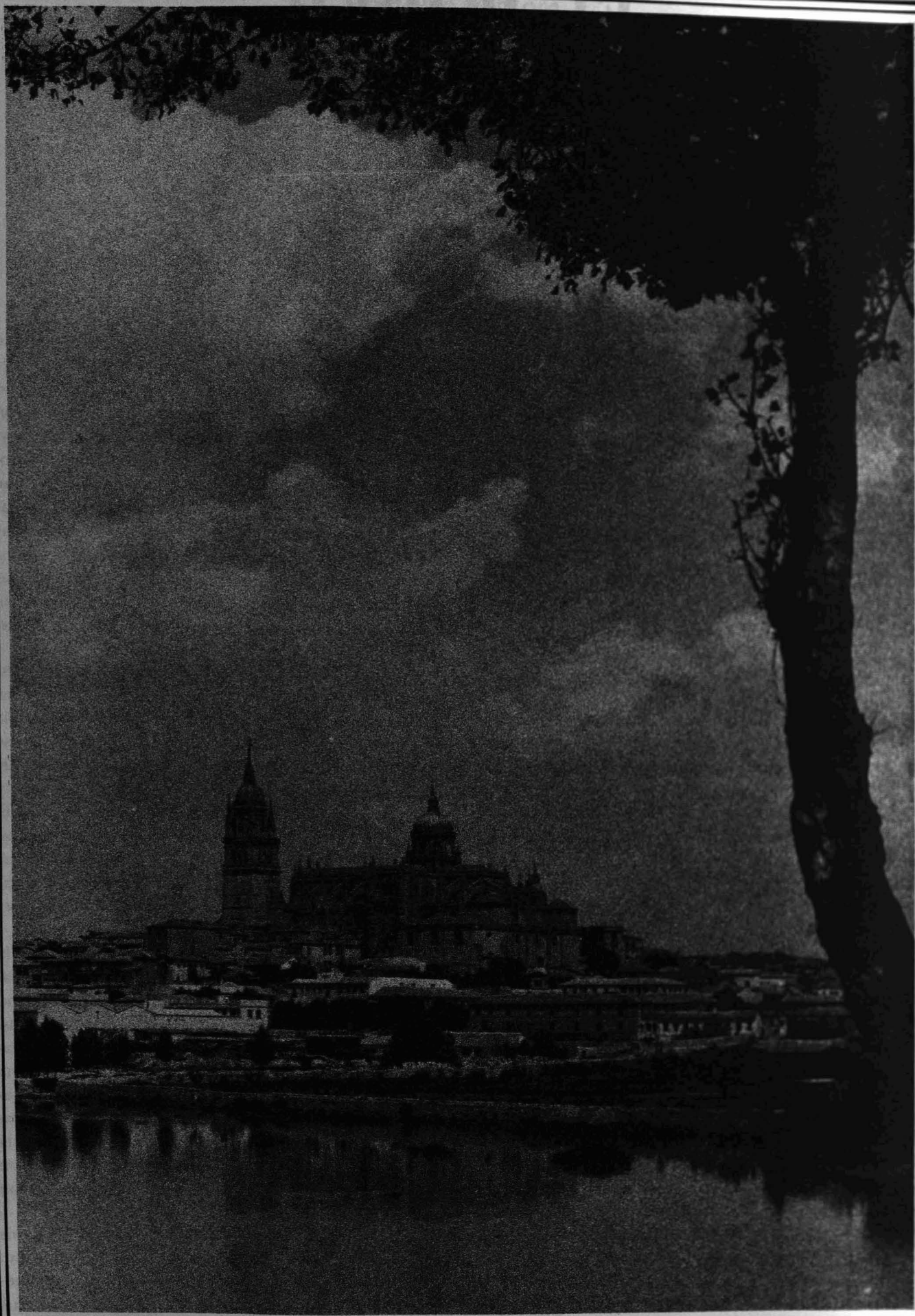
Recibir una distinción como la que hoy se me otorga es resultado de una generosa decisión del claustro académico salmantino, que pudo haber considerado lo que en el pasado he hecho, bien como un esfuerzo personal, bien como organizador de un esfuerzo colectivo, para

perseverar en el sentido que imprimieron a la vida universitaria quienes por generaciones han hecho del saber un instrumento del progreso. Pero si mi modesta acción pasada ha servido como fundamento para la distinción presente, quiero enfatizar que cuanto se me ofrece hoy, me compromete para mañana. No vivo del pasado ni para el ayer. Soy, como ustedes, un universitario que vive su tiempo y prepara el porvenir. El futuro de las sociedades lo fraguan los múltiples brazos de que las propias sociedades se sirven para trabajar: sus mujeres, sus jóvenes, sus hombres maduros; sus instituciones; sus organizaciones gremiales y políticas; sus hombres de campo y de empresa; sus artistas, sus científicos, sus académicos...

El hombre de academia no es un solitario que se esconde tras los muros de su institución, sino un creador que trasciende los umbrales del aula. Nadie, por recibir un reconocimiento, merecido o no, debe conformarse con lo hecho y resignarse a ya no hacer. La vida del universitario sólo se extingue con su último suspiro, y muchas veces ni así, porque los de hoy recogimos el aliento de los de antes, como los que quedan secundan el compromiso de los que se van. La entremezcla de las generaciones es la conjugación de los esfuerzos y de las ilusiones. Los universitarios no se marchitan; simplemente retoñan.

Vengo de una tierra fuerte, vigorosa y altiva como la que me recibe. Soy de una raza digna, orgullosa y creativa, como la que aquí se encuentra. Los mexicanos no somos españoles de allende el mar; somos el producto de una combinación genética y cultural tan bien acabada que no produjo un híbrido sino una nueva forma de ser. Pero no por ser distintos somos ajenos. Españoles y mexicanos nos pertenecemos íntimamente; nos expresamos en el mismo idioma y comulgamos con la misma esperanza. Aquí y allá estamos interesados en una mejor educación. Aquí y allá entendemos la función liberadora del saber.

Vale aquí invocar nuevamente la trascendencia de dos corrientes españolas que fertilizaron el suelo mexicano: la del siglo dieciséis que dejara impresa su insignia genética y cultural y la migración republicana de hace casi cincuenta años, que significó un vivificador renuevo in-



Vista de Salamanca

telectual que se estableció, primordialmente, en mi propia Universidad y de ahí irradió a distintos confines.

En México y en España vivimos una democracia social por la que fue menester el sacrificio de sus hombres y utilizar los recursos de la voluntad y del saber. México fue mantenido en el obscurantismo político porque también reinaba la obscuridad cultural; España emergió a las luces de la libertad gracias a que contó con las luces de su cultura. Aquí se ha demostrado, pues, el poder transformador del saber. Parafraseando una vieja expresión libertaria, hoy podemos afirmar que saber es poder.

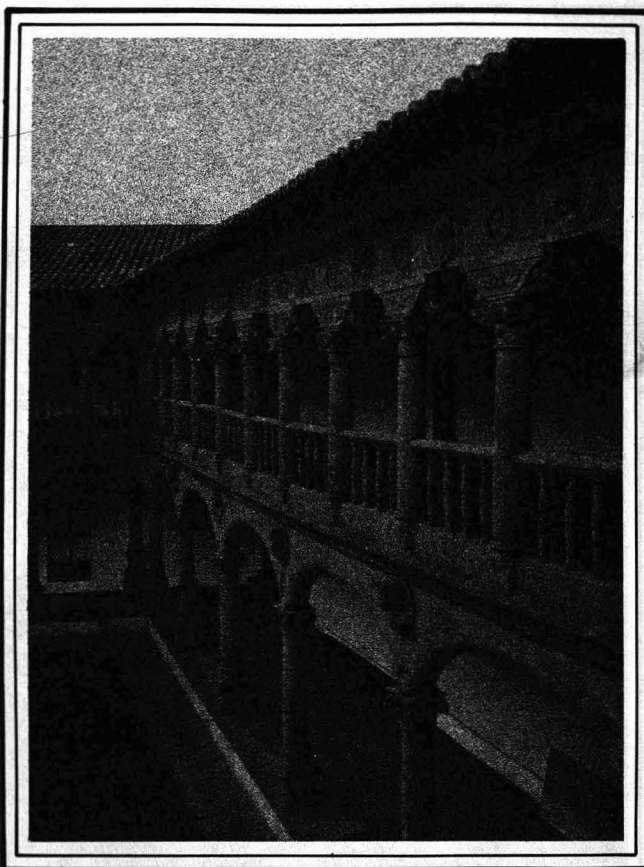
Por eso, porque los mexicanos también hemos aprendido que sin cultura no hay libertad, es por lo que nos hemos empeñado en mejorar la naturaleza de nuestras instituciones educativas y en edificar el desarrollo político sobre la sólida base del desarrollo académico.

Sabido de ustedes es que México vive una difícil etapa de apremio económico. Sin embargo, es convicción generalizada que pese a los elevados niveles de inflación, a la pérdida del poder adquisitivo del salario y al aumento de las tasas de desempleo y subempleo, no hemos llegado a la ominosa etapa de una crisis social y política. Las instituciones sociales que garantizan abasto, vivienda, educación y salud, y las instituciones políticas que aseguran libertad y participación democrática, siguen incólumes y rinden los frutos para los que fueron creadas y desarrolladas, merced al esfuerzo sucesivamente adicionado por muchas generaciones de mexicanos.

No son pocas las cosas que hemos debido sacrificar para consolidar nuestra estabilidad social y política; tampoco son cortos los esfuerzos que ha sido menester invertir para obtener lo alcanzado. Pero todo ha valido la pena en tanto que se ha dado más a los que menos tienen, sin afectar libertades, y se ha auspiciado el pluralismo social y político sin lastrar la eficacia de las instituciones. Nuestra historia contemporánea es una hazaña de la voluntad y de la imaginación.

En ese trabajo intenso, apasionado y constante, los universitarios mexicanos cada vez más hacen causa común con los intereses del campesino y del obrero. Más aún: son hijos de campesinos, de obreros y de la clase media mexicana quienes constituyen el grueso de la comunidad universitaria de mi país. La universidad mexicana es democrática porque no discrimina a sus miembros y es democrática porque los prepara para la libertad. De la universidad mexicana surgen los dirigentes que el país requiere para organizar el trabajo comunitario e institucional. La dirigencia nacional ha templado su espíritu, ha alimentado sus aspiraciones y ha fortalecido sus posibilidades merced a la vocación de servicio y a la disciplina formativa de los centros de educación superior. De aquí que ostente, con legítimo orgullo, su condición de profesor universitario el Presidente de México, Miguel de la Madrid.

Para que las Universidades cumplan cabalmente con



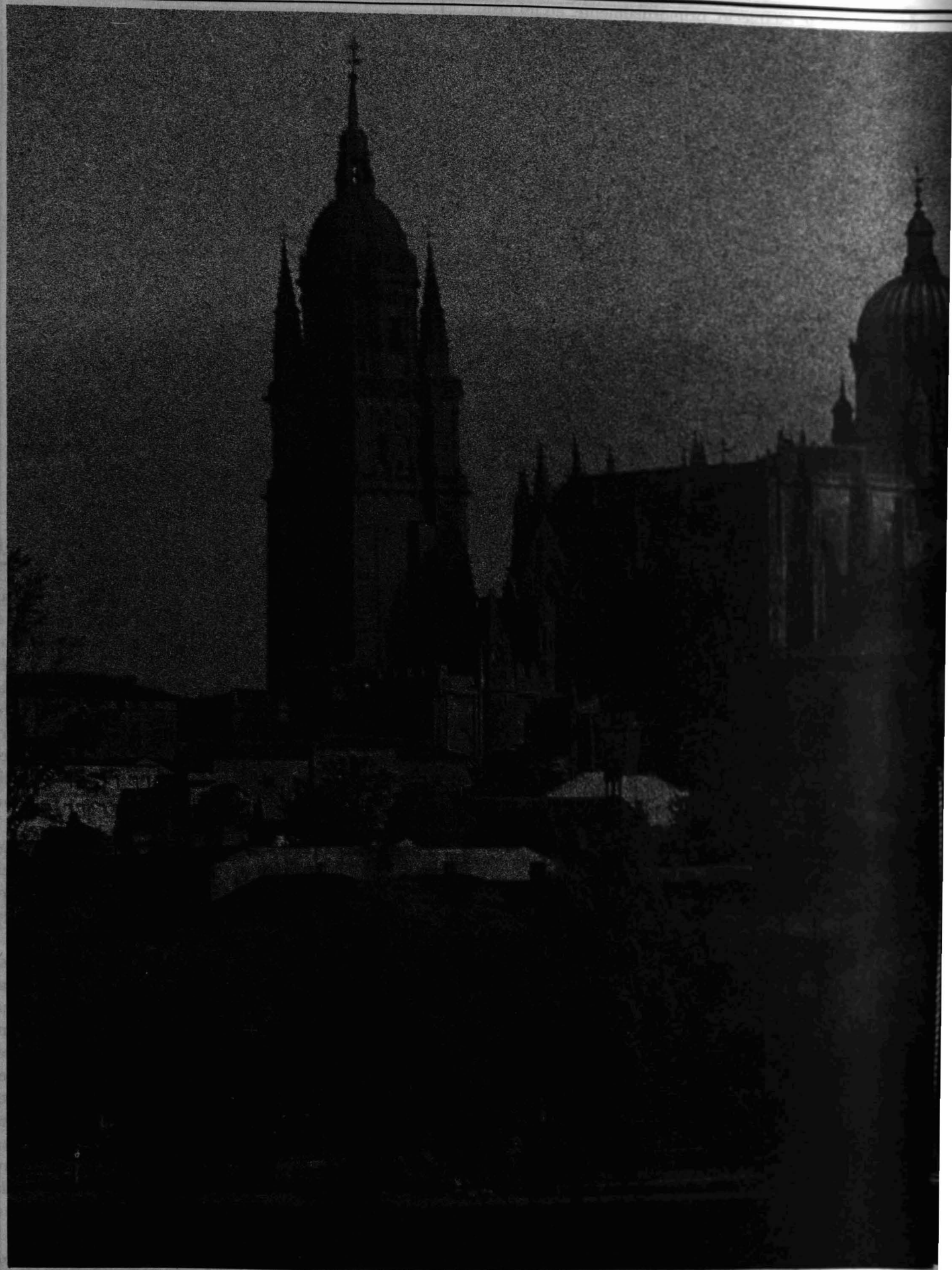
Convento de las Dueñas

la misión que tienen asignada, se ha incluido entre las garantías constitucionales una que atiende el respeto inalterable de los órganos del Estado con relación a los órganos decisorios que actúan en las instituciones académicas. El ejercicio de la autonomía universitaria funda el orden libre, pero también responsable, en el que transcurre la vida académica mexicana. Esa libertad permite que los universitarios enjuicien el pasado y el presente de la vida nacional y columbren su futuro, utilizando para ello la disciplina del estudio; esa libertad también permite que los universitarios se sustraigan a las consignas del dogma y a la rigidez de las jerarquías; esa libertad hace de los universitarios una fuente rica en inquietudes y en proposiciones; esa libertad, en fin, obliga a los universitarios, ante la sociedad, a su constante superación.

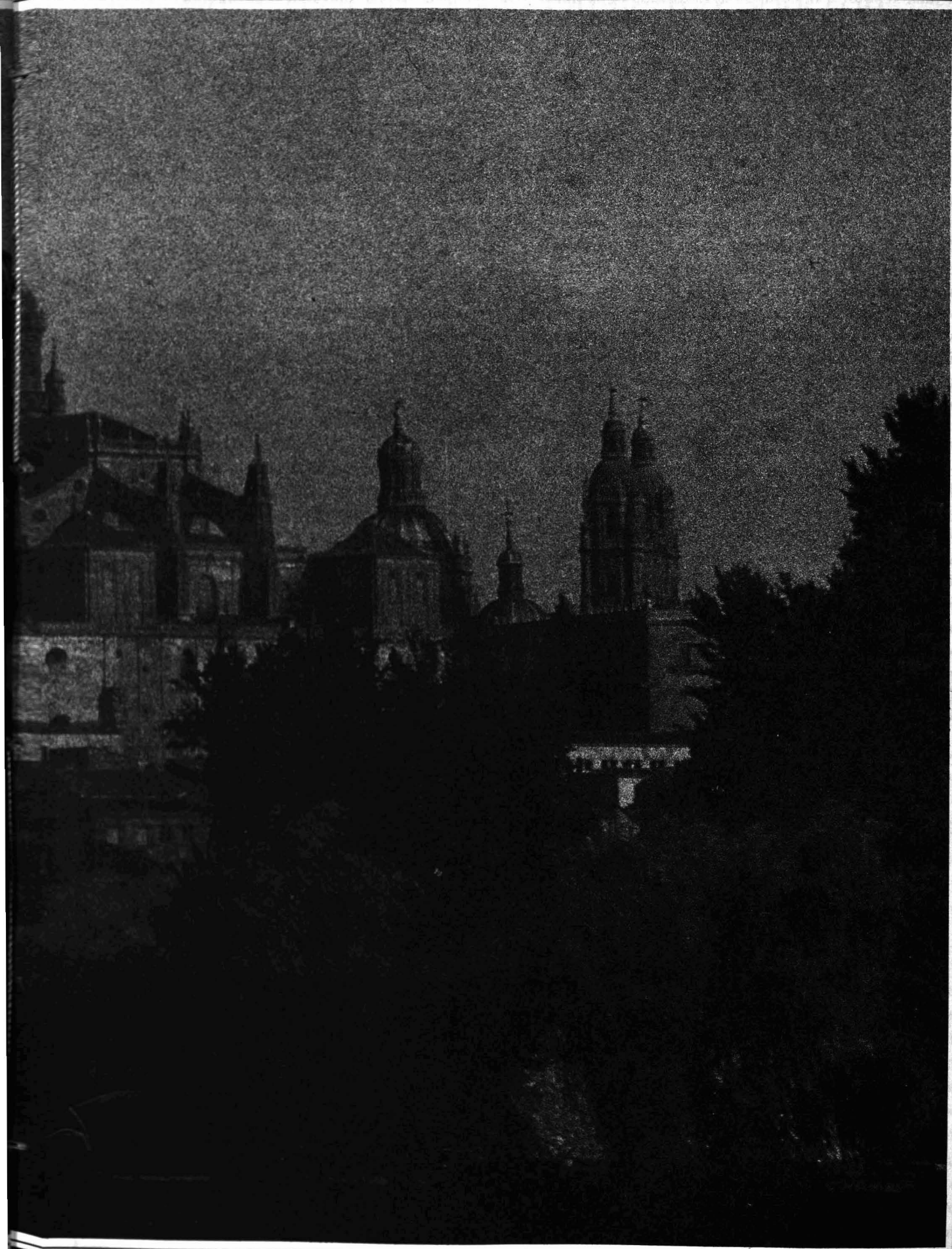
A su vez la responsabilidad del universitario no se agota con el cumplimiento puntual del deber estrictamente académico y de la disciplina puramente institucional; la responsabilidad del universitario también concierne a su compromiso con el progreso de una comunidad que no ha constituido a las universidades para el regodeo y el bienestar personales de sus componentes sino para el análisis de los problemas nacionales y para la formulación de soluciones operativas viables.

La Universidad mexicana es, pues, un centro de inquietudes, espejo del pluralismo ideológico y social de un país que, día a día, se afana por depurar su vida institucional y por superar desventajas circunstanciales.

La Universidad mexicana también se esmera en la preservación de los valores nacionales, pero sin incidir en



Vista general de Salamanca



una vana xenofobia ni en una estéril escisión de la universalidad cultural. La Universidad, en fin, tiene la crucial misión de proveer al país los conocimientos adecuados para fortalecer su autosuficiencia científica y tecnológica, reduciendo así factores de ominosa dependencia externa.

Responsabilidad social, capacidad profesional y nacionalismo auténtico, nutren y caracterizan la vida de la comunidad académica a la que por origen, vocación y destino me enorgullezco en pertenecer. Transitoriamente —y como muchos otros universitarios— desempeño responsabilidades de naturaleza pública. Enriquezco, con esto, la función del universitario. Quienes nos hemos formado en el aula, en la biblioteca y en el laboratorio, tenemos la obligación de servir, cuando se nos honra invitándonos a hacerlo, en las tareas del servicio público. Los funcionarios que nos encontramos en estas circunstancias resarcimos, de esta manera, a la sociedad que subsidió nuestra formación académica; de otra suerte, es por demás recompensante laborar en beneficio de los muchos. Así, al reincorporarnos al quehacer académico, llevaremos con nosotros una nueva experiencia, además de una crecida satisfacción. Podremos decir a nuestros alumnos que el estudio no ha sido en vano y que el compromiso no ha sido rehuido. Podremos decirles que pusimos en práctica lo que concebimos en ideas, que fuimos honestos al trabajar como quisimos serlo al aprender, y que por encima de una estéril dicotomía entre universitario y funcionario antepusimos la principal categoría que identifica los hijos de una nación: la de ciudadano.

Quienes nos encontramos en este recinto somos ciudadanos de la extensa república del saber. Nos hermana

de tiempo atrás el mismo anhelo de aprender para enseñar y de enseñar para construir. Constructores de universidades, los somos también de ideas, y constructores de ideas lo somos también de naciones.

Para concluir tres apuntes que, para mí, son de importancia:

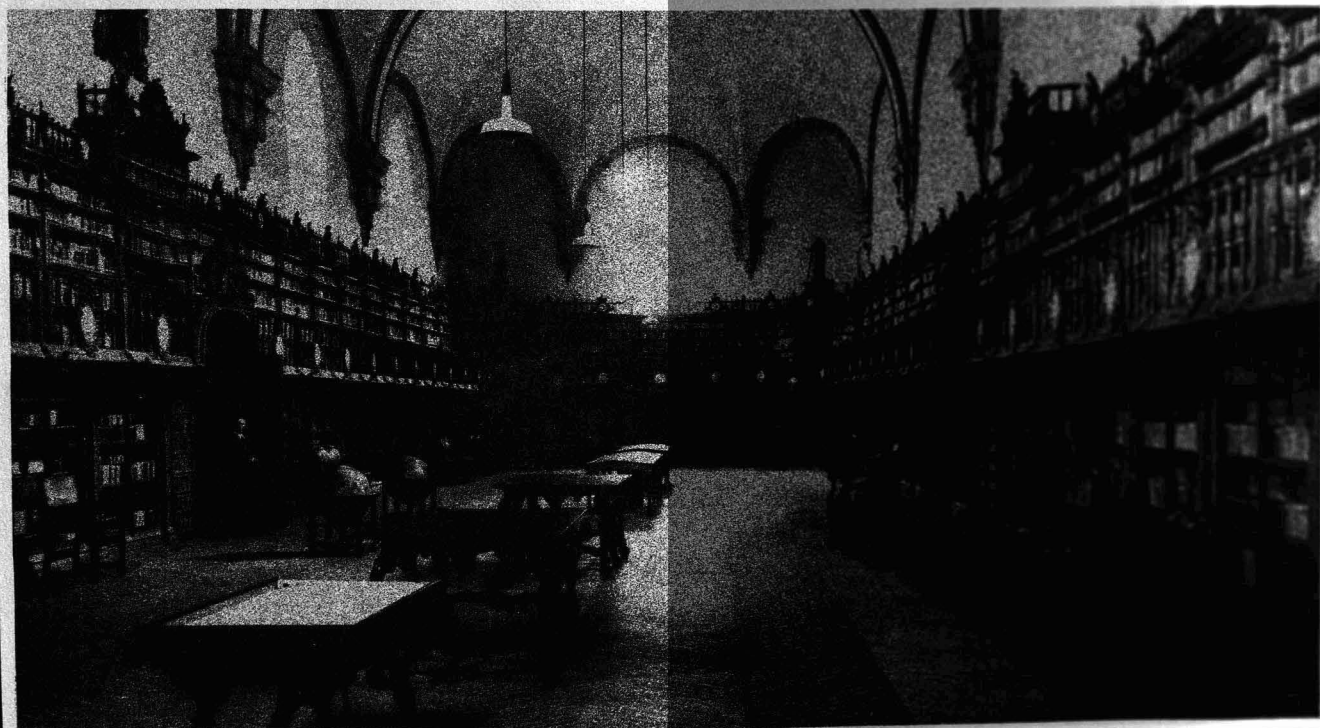
Primero: va para casi 10 años que, siendo Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, asistí a una ceremonia semejante, en la que se premiaba el esfuerzo de una vida entregada a la ciencia: la de Ignacio Chávez, hombre magno en la vida académica de México y del mundo, quien fuera también Rector de mi Casa de Estudios, con quien me vincularon el afecto y la admiración que le profesé.

Segundo: no puedo dejar de expresar la enorme satisfacción que me produce la presencia aquí de mi maestro de toda la vida, el Dr. Salvador Zubirán, asimismo ex-Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y figura señera de la medicina mexicana, creador del Instituto Nacional de la Nutrición que lleva su nombre.

Tercero: la presencia física y espiritual de mi esposa y de mis hijos, no en esta ceremonia, sino en forma cotidiana a través de toda mi vida profesional ha sido un acicate poderoso que me ha impulsado en mis afanes.

Universitarios Salmantinos:

Hoy paso a ser un miembro más de su comunidad. Lo hago emocionado por la distinción y convencido de la responsabilidad. Sé la magnitud del honor que me confieren y del compromiso que contraigo. Sólo puedo decirles, con todo el énfasis y gratitud de que soy capaz, que no defraudaré su confianza.◊



Biblioteca de la Universidad de Salamanca